

LA INQUISICIÓN Y LA CÁBALA: UN CAPÍTULO DE LA DIFERENCIA ENTRE METAFÍSICA Y EXILIO

ANDRÉS CLARO
Santiago, Arcis-Lom, 1996,
2 vols. de 373 pp. y 486 pp.

RE Creo que todo el mundo entenderá si digo que no me resulta del todo fácil hablar de este libro, que devino a partir de una tesis con la cual tuve algo que ver. Tras la lectura de sus diversos estados, tras las múltiples conversaciones con el autor sobre puntos y detalles y sobre líneas gruesas y generales, conversaciones, todas ellas, en las cuales siempre había algo de la función de inquisidor y de juez inapelable, tengo que instalarme ahora en otro lugar, y ya no interferir en la fábrica de la tesis, sino ponderar el libro en su hechura ya resuelta. Hay, por supuesto, varias maneras de hacerlo, y si solo se tratara de proferir los elogios, el par de volúmenes cuya pública presentación nos congrega hoy facilitaría, y con largueza, la misión. Dejo constancia, aquí, en este umbral, de mi admiración por el trabajo que Andrés ha cumplido, y por su resultado impecable. En lo que sigue, elegiré una de esas maneras posibles de que hablaba, para referirme –en términos breves, no teman– a un asunto que el libro extensamente aborda, y que me parece contener un problema importante para la filosofía.

Como ustedes saben, este libro trata de la Inquisición y de la Cábala, de su conflicto desigual, escenificado en un plazo histórico que, si bien es amplio, permanece acotado. Andrés ha supuesto que ese conflicto es, no solo un síntoma, sino también un episodio –“capítulo” es la palabra que usa– de un diferendo más radical, que gobernaría el total de la historia en que el conflicto mismo ha tenido lugar. Lo que opone a la Inquisición y la Cábala es una dualidad irreconciliable en el trato de los signos y en la comprensión de la verdad. Y es claro que en estos dos asuntos hay cosas muy graves que están en liza.

Todo aquél que depende de los signos para la búsqueda y el conocimiento de la verdad sabe que se encuentra en el trance ineludible de interpretar, y que la interpretación es, quiéraselo o no, la desesperación de hallar la verdad. Si el intérprete está dispuesto a extraer las consecuencias de ese saber, admitirá que las posibilidades de interpretación son ilimitadas, y que no dispone de ningún fundamento para acreditar la suya con exclusión cabal de alguna otra; a lo más, podrá pensar que el valor supremo de una interpretación consiste en suscitar secuelas. Llevando el saber al extremo, barruntará que la verdad es juego, y que, por tanto, se funde con la no-verdad en un

vértigo abismal. Si, por el contrario, el intérprete no está dispuesto, si quiere, horrorizado por esta opción –que necesariamente, pienso yo, ha debido entrever–, si quiere aferrarse a la verdad como a un núcleo intacto, que se mantiene allende toda interpretación (puesto que ésta nace baldada por la fragilidad humana), tiene entonces esta primera salida: supone que su interpretación es una con la verdad, y que, en consecuencia, no es simplemente suya, sino que la ha recibido de aquel allende. Es cierto que esto trae el engorro de convencer a los demás de que es así y de que se tiene el título de la exclusividad, lo que no se consigue sin una inversión abundante de violencia, por dulce que pueda ser. Hay otra salida: confesarse la propia nulidad, la bicoca del lenguaje (que es en sí mismo interpretación y, por eso, nada), y reducirse a una callada comunicación con ese núcleo, en la hondura del corazón. La contrariedad, aquí, es la pérdida de contacto y el aire de extravío.

Tenemos en total, me parece, tres figuras: el escritor, el teólogo, el místico. Pero este cuadro es un poco simplista. ¿No habrá que ser demasiado ingenuo, o demasiado pertinaz, o demasiado perverso para creerse un elegido? ¿No se requiere mucha euforia –más el agravante de los *rictus* que a ella van unidos– si uno se quiere saber en íntima comunión con la verdad mismísima? Y, por otra parte, ¿podemos desconectar completamente nuestros juegos interpretativos de la pretensión de verdad? ¿No está ligada ésta –la pretensión, digo, y no la verdad, o tal vez la pretensión y la verdad, la verdad *como* pretensión– a nuestra propia condición finita, que es precisamente la que nos destina a interpretar? ¿No tiene esa misma condición, precisamente, la índole problemática de la pretensión, no somos acaso, a fin de cuentas, criaturas conjeturales? Tan ideal como es el acceso inmediato a la verdad, es la errancia ilimitada en la no-verdad. El teólogo, el místico y el escritor son figuras de la infinitud, cada una de las cuales establece su relación peculiar con aquello que llamamos “Dios”. Pero para nosotros Dios, desgraciadamente, ni es aquello que está, sin reservas de ninguna especie, en juego, en pleno juego, ni es algo que funciona *unplugged*.

Permítanme poner, por contraste y por malicia, otra figura: la del filósofo. En él hallaríamos al guardián de la finitud. Hallaríamos, digo, porque no suele suceder que sea así. Aquélla –la de ser un guardián semejante– es la tarea del filósofo, pero éste se distrae a menudo (y esta frecuencia se constituye en historia) por una u otra razón, y a veces por causa de la razón misma. Cuando de la distracción –de esa distracción– hace el filósofo sistema, toma las ínfulas del metafísico, y se dedica, entonces, a trazar con mano firme las fronteras del reino de la Verdad, del Sentido, del Bien y la Belleza. Y, frente a esto, ¿cuál sería esa tarea? Recordarnos –con toda estrictez– que nos desplazamos por el espacio de la conjetura, que nuestra índole es endeble, y a la vez definitiva, y que la pretensión es nuestro estilo.

La enemistad entre el teólogo y el escritor (entre el inquisidor y el cabalista) es, podemos creerlo, jurada. Acerca de ella, probablemente, prefiera el místico perseverar en su silencio. ¿Y qué tendría que decir el filósofo? Decir, por lo pronto, quizá no mucho; prestar oídos, más bien, atender a si en esa oscura esgrima de galimatías y en la caricatura de los ademanes no se oculta, tal vez, alguna señal decisiva para la filosofía misma y para su destino.

Es lo que se intenta en este libro, que quiere abrir el *dossier* de Metafísica *versus* Exilio. La oportunidad y la pertinencia de este propósito puede que no salte a la vista, no de buenas a primeras. Y, sin embargo, es profunda, es básica. Se podría leer la historia de la filosofía occidental como la historia de la difícil emancipación del pensamiento respecto de la metafísica. ¿Una emancipación hacia dónde? Hacia un espacio, creo, en que siempre hemos habitado, sin querer admitirlo nunca en todas sus consecuencias. Llamémoslo, por probar, el espacio de la conjetura y la pretensión; llamémoslo el exilio. Esta emancipación abriría, pues, el exilio como el espacio de la más latente familiaridad y de la extrañeza más inasible; espacio *unheimlich*, para usar una célebre palabra de Freud y de Heidegger, espacio de la *Unheimlichkeit*, del retorno. Porque la emancipación no puede ser un simple desprendimiento, no es una salida, un *exit*. En ello tiene también la metafísica su papel insustituible: ella es la condición bajo la cual podemos experimentar la emancipación como tal, en la misma medida en que la metafísica no ha podido vivir sin una relación con la alteridad, y precisamente a aquello que en ésta obra como su irreductibilidad recalitrante.

Acaso habría en el borde de esta experiencia, en el extremo del retorno, una emancipación de la emancipación: sería el hallazgo, en medio de la demasia y la diseminación de las interpretaciones, de la inanidad del interpretar mismo. La dicha fatalidad de ese hallazgo llevaría a liberarse de la pulsión de interpretar —que es, a la vez, el sueño de la razón y de la sinrazón—, llevaría a no buscar más detrás de los signos —para hallar solo signos—, a liberarse, por fin, del signo. La exasperación cabalística de la no-verdad ofrecería la parodia de tal bienaventuranza.

La sombra de esta peculiar especie de felicidad se ha cernido sobre estas páginas, e incluso lleva una firma: la del sutilísimo Abraham Abulafia. Pero esa sombra es la imagen misma de lo inaprehensible. Abunda más aquí la publicación de otra dicha, la de la infinitud de la interpretación, y ella está en tensión con otra cosa. En su libro, Andrés ha oscilado entre el regocijo por el “carnaval de anécdotas” (es su expresión) que tramó a partir del interminable y minucioso hurgueteo en una literatura vastísima, y esa indisimulable vena ética que asoma en su toma de partido en contra de la reducción de la alteridad. La cuestión esencial del libro es, pues, cómo se concilian ambas cosas: el placer irrefrenable del juego y el mandato de la apertura al otro. La propuesta avanzada aquí, entre bromas y serio, es pensar el exceso del otro —su venir inanticipable, su no domeñable inminencia— como placer. La fórmula es tentadora, y así debe serlo, literalmente. Supongo que en todos nosotros late el deseo, que también es exigencia, de que la ética pueda hacerse cargo alguna vez de la riqueza polimorfa de la experiencia, en vez de meterla en una horma opresora. Seduce la fórmula, pero encierra una dificultad. La indeterminación radical del otro contiene, como una de sus posibilidades, la supresión igualmente radical de la posibilidad del placer, es decir, la violencia pura. El exceso por el cual se aboga en nombre de la diferencia puede significar el fin de todo diferir. Si esto es así, entonces, el placer, en su posibilidad, supone el ejercicio de una resistencia. Y creo que es precisamente en la resistencia donde se enlaza el gozo del juego con el rigor de la ética. Resistir es afirmar la materia de la existencia.

Recordando el primer epígrafe del sistema de epígrafes que contiene el libro (Foucault que declara: “en el fondo, escribo por el placer de escribir”), y concibiendo que es en el espacio de la *escritura* –del juego incontinente de los signos y el sinfín de sus interpretaciones– donde Andrés quiere situar agudamente la cuestión de la alteridad, voy a poner así las cosas para darme a entender. *Debo* ejercer resistencia al juego por el cual se pronuncia o tiende a pronunciarse este libro. El que escribe –no digo *el* escritor, no digo la figura del escritor como figura de la infinitud, hablo de *uno* que escribe– tiene por tarea ejercer la máxima resistencia a la escritura. Esa resistencia se llama filosofía. Solo entonces, si en ese afán ha llegado a imponérsele algo, si algo lo lleva de la mano irresistiblemente, sabe que escribe o, más bien, sabe que *ha escrito*.

Haber escrito (y no “tener algo que decir”) es la ley primordial, y la única ley de la escritura. Ésta tiene el rostro vuelto hacia el pretérito, no hacia el futuro. Por eso es un arte de las huellas y, como alguien ha dicho por allí, de la persecución; por eso jamás le vemos la cara y solo nos relacionamos con ella de espaldas. “Estaba escrito” es el lema fundamental del escribir. Pero el pretérito de ese “estaba” es imperfecto: nada se ha consumado en él, todo ha quedado pendiente, es el tiempo de la inminencia y del retorno: el tiempo del otro, sí, pero también el propio tiempo como otro tiempo, siempre.

Permítanme concluir esta ponderación quizá un poquito invertebrada mencionando lo más obvio. Para todos nosotros, “cábala” significa superstición, bajo lo cual solemos entender una cierta confianza o esperanza en el poder mágico de los signos, los símbolos, los números y las operaciones rituales. Hacer escarnio de esa confianza –que, desde luego, es infundada– en nombre de la razón implica no darse cuenta de que la razón misma también podría ser pensada, en una de infinitas interpretaciones posibles, como una forma de la superstición. En la etimología (que ejerce sobre el pensamiento una fascinación no ajena al temple cabalístico), en la etimología de *superstitio* hallamos el sentido de “sobrevivir”. La Cábala fue, como quiere enseñarnos este libro bajo la insinuación de sus fuentes y auxilios eruditos, no otra cosa que un ejercicio tenaz de sobrevivencia. Reconocer en la razón occidental los rasgos de un parecido afán ayudaría quizás a mantener la vigilancia en el peligroso desfiladero en que su pretensión tiende a convertirse en arrogancia.

PABLO OYARZÚN R.
Universidad de Chile
Universidad Católica de Chile